

JORGE MAÑACH

# *Estampas de San Cristóbal*

Estudio introductorio de Duanel Díaz Infante



Edición: Pablo de Cuba Soria  
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña  
© Imagen de cubierta: Rafael Blanco

© Herederos de Jorge Mañach, 2026  
© Estudio introductorio: Duanel Díaz Infante, 2026

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2026

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798250669849

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

# ESTAMPAS DE SAN CRISTÓBAL

*A mi Madre,  
—madre cubana:  
todo amor y entereza*

Estas impresiones habaneras se escribieron y se publicaron diariamente en *El País*, de La Habana, durante los meses de julio y agosto de 1925.

J. M.

«Por la presente quiero y es mi voluntad,  
que ahora y de aquí adelante para siempre jamás  
la dicha villa sea y se intitule  
la Ciudad de San Cristóbal de la Habana...».

Real Cédula de Felipe II, de 20 de diciembre de 1592.

# I

## LUJÁN, PROCURADOR

**M**I VIEJO AMIGO Luján es procurador; pero erró su profesión. De haber nacido mujer, pobre como es de recursos y opulento de salud y de buenos humores, se hubiera dedicado, tal vez, a nodriza. Nodriza: el más generoso y natural de los oficios lucrativos, el que más da de sí, el más saturado de aquella «leche de la bondad humana» que elogió el salvaje beodo del Avon.

Pero el azar del sexo, la tradición familiar y la contingencia hicieron de Luján esto: un procurador... ¡Punzante sarcasmo, que hombre tan plácido y sencillo se vea forzado a interesarse, profesionalmente, en las pugnacidades y en los enredos del prójimo!

Y claro es que no medra; ¿cómo va a medrar? Sale de mañana con su raída cartera bajo el brazo, con su verruga jocunda en el entrecejo, con su

bigote caedizo y tostado, con sus nobles punteras enhiestas —esfuerzo de lo pedestre hacia lo ideal—, y se dirige a este o al otro juzgado. En el camino, tópose a lo mejor con un tipo curioso de la villa, de esos que vemos todos los días sin darles importancia, olvidando que son el documento humano de nuestra cubanidad; o bien le sale al paso —paso moroso y sensitivo de paseador— el espectáculo de alguna alegría limpia y humilde, de algún vago dolor disimulado, de cualquiera sabrosa peripecia entre tantas como el vivir ciudadano ofrece.

Otros ojos no lo ven. Luján, sí. Luján se detiene, se muerde o pellizca el bigote, se le encandilan o se le aguan los ojillos tras las gafas siempre empañadas..., ¡y ya tiene tema para todo el día!... Las demás gentes transeúntes tropiezan con él, apártanle sin delicadeza hacia el amago de los «fotingos» en el arroyo; y cuando Luján, demorado más de la cuenta con los diversos objetos de su interés, resume a la postre su camino luego de hacer un consuelo, un chiste o una limosna, el incidente ya ha turbado por modo irremediable la economía de su jornada. Los escribanos le llaman remolón, y mis compañeros, los abogados, «una calamidad».

Así ha llegado Luján a una casi vejez soltera, sin familia, sin ahorros, a veces hasta sin cuellos

limpios; pero con el espíritu lleno de sonrisas y de piedades. El último de los criollos.

Los días en que me traslada alguna providencia —días «providenciales», dice él, burlándose de su propio chiste obvio—, Luján y yo solemos salir juntos. Ello ocurre generalmente a la hora meridiana y burda, o bien por la tarde, cuando ya refresca. En el caminar, como en el charlar, discutimos entonces a la buena de Dios; en veces, por las calles y sobre los temas menos transitados. Y casi nunca estamos de acuerdo más que en ese suave y antojadizo dejarnos ir; porque él es viejo y yo soy joven; él ama sobre todo la tradición; yo, el progreso; él es irónico y caudaloso; yo, directo y sobrio; él en ninguna hechura de los hombres se ilusiona ya, y yo todo lo tomo en serio. Solo nos une, si bien lo miramos, nuestra genuina amistad. Y este hondo amor que le tenemos a San Cristóbal de La Habana.

## II

### EL MORRO

COMO DOS POBRES diablos cualesquiera, Luján y yo nos hemos sentado esta tarde a platicar en el muro del Malecón, allí donde recobra su personalidad tronchada por el mimado castillejo —especie de fortaleza de salón— que llaman de la Punta. Nos hemos sentado mirando al mar, vueltas las espaldas a la frivolidad barroca de la glorieta y del paseo vespéral. Y como la brisa barre hacia tierra el zumbido opulento de los automóviles, los agudos alegres de los chiquillos y el zureo de los piropos entre las sillas verdes, mi amigo ha hallado el momento propicio para especular sosegadamente sobre el significado del Morro y de su farola, que el crepúsculo va tocando lentamente de serenidad, como una llama de Pentecostés.

El cielo está cargado de eminencias fantásticas allá lejos, a ras del horizonte. Una selva frenética

de nubes rojas, cándidas, anaranjadas, malva, surge en el lindero lejano del mar acerado. La lengüeta parda y fina del Vedado se extiende a la izquierda, para catar la granada abierta del sol. Aquí, a la derecha, frente a nosotros, el cielo se despeja en un azul claro y trémulo, como las venillas en la sien de una mujer blanca. Una sola nubecilla boba, cándida, se ha rezagado de las demás, que han corrido al incendio de la tarde, y se ha prendido, tal una niñuca extraviada, a las faldas impasibles de la fortaleza.

El Morro está quieto, estático, ante el crepúsculo. Se han equilibrado, en una serenidad parecida a la de Luján, sus dos movimientos: el ímpetu lírico, de ascensión, que insinúa el faro encendido, y el impulso de proa con que parece cortar las aguas el filo del bastión. Ante este equilibrio, Luján da rienda suelta a su decir:

—Me pregunto, hijo, qué haríamos nosotros si nouviésemos el Morro... Porque todas las ciudades que aspiran a hacer buen papel en el mundo cuentan con algún blasón semejante, de naturaleza o de artificio, que la imaginación toma de asidero, para evocarlas, y, por ende, llega a adquirir como un valor emblemático. Pensar en la ciudad así dotada es suscitar la imagen de ese índice urbano. Lo que a París es la torre Eiffel, lo que a Nueva York su estatua de la Libertad —¡cuántos

congéneres más podría citarte, por meras referencias!—, es a nosotros el Morro con su farola.

—Verdad, Luján. Cuando uno está ausente de Cuba y quiere visualizar nostálgicamente la capital amada, surge en el recuerdo la farola como un asta mágica, de la cual se despliegan luego las reminiscencias favoritas de la villa. Y si, en el extranjero también, ofrecemos a un amigo de los habanos que nos mandaron, por sobre toda fruición gozaremos la de señalarle, en la viñeta polícroma y convencional que la caja trae, aquel rinconcito de la alegoría en el cual aparece, detrás de la próspera matrona criolla, el Morro siempre de perfil... ¡Se ve tan familiar, tan puro!... Uno se acuerda de cuando lo dibujaba de memoria en la pizarrita parvular... Aquí, la línea del horizonte; de pronto, unas rocas abullonadas, una línea oblicua...; luego, la larga meseta, y encima de esta, el faro, con sus ventanucas, su balconcillo, el fanal y la caperuza. Alrededor, un poco al azar, unas vagas construcciones minúsculas que nos parecían vagonetas de ferrocarril; y astas, innúmeras astas de banderitas bien ondeantes... ¡Viera usted qué bien lo dibujábamos!...

—Sí, hijo. ¡Y lo que supone «verse ya el Morro» cuando uno viene de fuera!... Ningún forastero comprende el porqué de nuestro explosivo alborozo en ese instante lírico. Y es, hijo, que el

Morro y su farola son para nosotros como cifra de la habanidad esencial, inmanente, inmutable. Hay algo de símbolo en ellos que los hace *rei sacra*. Otras cosas —el caserón bilioso de la Cárcel, por ejemplo, y hasta la misma glorieta que coreó nuestros primeros idilios de retreta— pudiéramos tolerar que se demoliesen o cambiasen; el Morro, no\*. Él reúne las tres condiciones indispensables para que un paraje se logre convertir en blasón sentimental de una ciudad: la de ser único y peculiar, la de una marcada visibilidad, y sobre todo esta: la de contener en sí una como alusión silenciosa y constante al espíritu inalienable de la ciudad.

Fíjate —continuó Luján— en que el Morro es, por lo pronto, único. Con ajustarse a un tipo convencional de construcción militar arcaica, ningún habanero lo confundiría en la representación con sus congéneres más parecidos: el de Santiago de Cuba, por ejemplo. Y esto es porque el Morro se nos presenta habitualmente en una misma actitud, en una misma posición respecto de nosotros,

\* La glorieta, en efecto, ha sido demolida desde que esto se escribió. Varios detalles más aludidos en este itinerario sentimental han desaparecido o están desapareciendo de San Cristóbal. Gajes del progreso, que no respeta ni los intereses creados de los autores.

que llega a caracterizarlo dándole un aspecto exclusivo. Así como la verdadera fisonomía de las personas está en su gesto frecuente más que en la conformación real de su rostro, la posición perfilada en que suele verse el Morro desde el Malecón le presta una fisonomía de mera perspectiva, en la cual reside su peculiaridad. Cuando vemos el Morro desde el Vedado, por caso, el Morro no es el Morro: nos interesa y sorprende como algo insólito. Y uno nunca ama aquello que nos sorprende demasiado.

Luego, ¡el Morro es tan ostensible en ese perfil habitual! Está siempre ahí, frente a nosotros, testigo de nuestros regocijos, de nuestras melancolías, de nuestra holganza, de nuestra ambición silenciosa, del ceño que nos dan nuestros trabajos. Tan metido le sentimos en nuestras vidas, que si algún día despertásemos y halláramos que había desaparecido, andaríamos zonzos, como si hubiésemos perdido un camarada fraterno o un tutor vigilante.

Pero a la postre, ni aquella fisonomía inconfundible ni esta visibilidad señera bastan a determinar el prestigio heráldico y sentimental de que el Morro goza ante San Cristóbal. Estos blasones de las ciudades han de tener también, como te decía, una elocuencia alusiva al espíritu de la ciudad que los ama. La estatua de la Libertad, en

Nueva York, ¿no es un símbolo ella misma de la simpleza conceptual, del prurito de magnitud, de alumbramiento universal y de albedrío puramente teórico que anima a los Estados Unidos y particularmente a su urbe multimillonaria? Y la torre Eiffel, de París, aunque sea vestigio accidental de una Exposición efímera, al igual que aquella estatua lo es de una efímera cortesía, ¿no representa, por su graciosa esbeltez erguida sobre el mundo, por su combinación de ingenio y de ritmo, de voluntad y de sensibilidad, la médula misma de París de Francia?... Pues así nuestro Morro, único y estilizado en la perspectiva habitual, es como un símbolo en piedra del espíritu habanero, franco, llano, algo fanfarrón y algo nimio. Sobre la roca natural, la piedra íntegra, la substancia edificante y perenne de España, que quiso hacerse inexpugnable sin pensar en el tiempo; y sobre este legado arcaico, pero imperecedero, la alegría de nuestro sol, de nuestra estrella solita, de nuestras cornetas y cañonazos. A pesar de su vanidad guerrera, adivinamos los habaneros que el Morro no ha terminado su centinela, y que estará siempre ahí, en su terco perfil, para recordarnos los bríos quiijotescos y exclusivos de la casta.

### III

## EL MURO DEL MALECÓN

¿QUIÉN NEGARÁ QUE sea toda una institución este muro que huele a mar y, en sus esquinados repliegues, a otros líquidos igualmente salobres?... Es un tribuno de la plebe, un pícaro sabidor, un camarada de melancolías silenciosas ante el crepúsculo, un testigo de muchas farsas y tragedias urbanas que abre hacia el Malecón la sonrisa sardónica de sus grietas.

Su democracia, sobre todo, cautiva a Luján. El Malecón, dice él, es en cierto modo una reserva, un coto aristocrático; pero *el muro* del Malecón, ¡ah, ese sí que no reconoce castas!... Allá enfrente están los edificios orondos de los ricos, con la barroca arbitrariedad de su perfil quebrado y de sus fachadas veleidosas. Allá están los soporales donde los niños gorditos que tienen grandes automóviles de verdad y pequeños automóviles

de mentira, juegan —aburridos de unos y otros— los villanos juegos de los negritos junto al muro; los soportales donde las señoritas casaderas, ahítas de lejanía de mar, exponen tentadoramente sus medias de color carne, mientras las criadas de delantal y cofia platican, fingiendo seseos criollos, a la vera de las columnas. Por aquella acera pasean las señoras de sociedad que están a plan para adelgazar. Un mundillo de homogéneo ringorrango vive, pues, en aquella orilla del Malecón que el famoso «rayo verde» acaricia fantásticamente a la hora del véspero, dándole un decorado de revista.

Pero enfrente están el muro y su acera, patrimonio del anonimato humilde. Entre este mundo y aquel se extiende, como una faja mixta de transición, el ancho paseo —la Avenida del Golfo—, que lo mismo admite al gran Packard charolado, de discreto zumbido y digno rodar, que al mísero «fotingo» de alquiler, estrepitoso y endeble. El paseo actúa de mediador, de amigable componedor. Se inclinará a los ricos, pero no se niega abiertamente al servicio de los pobres cuando estos recaban su derecho.

El muro y su acera ya son otra cosa. Esta ya es región decididamente democrática, *hortus conclusus* para el hidalgo con ínfulas. Un rico no puede discurrir cabe el muro sin que lo abrumen y lo fiscalicen las miradas recelosas del proletariado,

que se lo permite por mera condescendencia. A lo largo de su acera, corren a toda velocidad los muchachos remendados que tienen un solo patín y los que compraron su bicicleta a plazos. Por ella deambulan también las criadas sin colocación, los artesanos fatigados, los horteras en asueto, los viejos con traje de alpaca negra, las mil variedades de *El hombre en mangas de camisa*.

Cuando el sol ya no pica y el muro se ha refrescado, esas gentes suelen sentarse a lo largo de los tramos más bajos y menos expuestos al salivazo artero del mar, que también es algo aristócrata. Se sientan con un pie sobre el muro, el otro colgando. Algunos, vueltos hacia el Océano, con la vista errabunda por el horizonte flamígero o clavada meditativamente en las ríspidas pocetas de los viejos baños; otros, mirando con un aire entre crítico y distraído la acera de enfrente y los automóviles que pasan, mientras un vientecillo fresco los despeina y deja en sus labios un sabor a papas fritas.

Cuando el sol termina su mutis rojo, el paseo se despeja, recobra su unidad. Pero entretanto —advierde Luján— es todo él, con su orilla dorada, su cauce de asfalto y su otra orilla gris, como una bandera de tres franjas sociales: una bandera evolucionista...

## ÍNDICE

Estudio introductorio / 7

ESTAMPAS DE SAN CRISTÓBAL / 99

- I. Luján, procurador / 105
- II. El Morro / 108
- III. El muro del Malecón / 114
- IV. La roca maravillosa / 117
- V. Los cañones de la Punta / 120
- VI. La lluvia / 123
- VII. Los idilios extranjeros / 126
- VIII. La salida del transatlántico / 129
- IX. El Foso de los Laureles / 132
- X. El Prado y lo fundamental / 135
- XI. El momento insuperable / 139
- XII. La «cuadra» niña / 142
- XIII. Domingo en el ágora / 145
- XIV. Obispo / 148
- XV. Los bárbaros / 151
- XVI. La plazoleta de Alvear / 154

- XVII. La madre pordiosera / 157
- XVIII. San Rafael y Galiano / 159
- XIX. La acera y las azoteas / 162
- XX. Las colegialas / 165
- XXI. Flores de restaurante / 168
- XXII. La musa antigua / 172
- XXIII. Mercaderes / 175
- XXIV. Los «patos de la Florida» / 178
- XXV. Muralla / 181
- XXVI. Muchachas ventaneras / 184
- XXVII. La señorita del patio / 187
- XXVIII. La morenita presumida / 190
- XXIX. La bodega / 193
- XXX. El bodeguerito / 196
- XXXI. El cafetín / 199
- XXXII. El chino de limpio / 202
- XXXIII. La fonda / 205
- XXXIV. El negro viejo / 208
- XXXV. La «guagua» y el carácter / 211
- XXXVI. El niño del silbato / 214
- XXXVII. «Papaíto» / 217
- XXXVIII. «Cucaracha» / 220
- XXXIX. Bartolo / 223
- XL. El cañonazo / 226
- XLI. El mantecadero / 229
- XLII. La recogida y la tradición / 232
- XLIII. La lección de los *fords* / 235
- XLIV. Fritas de media noche / 238

- XLV. El son / 241
- XLVI. Pregones / 244
- XLVII. El parque nostálgico / 248
- XLVIII. La Calzada de Monte / 252
- XLIX. La amena distancia / 255
  - L. La casa natal / 258
  - LI. El guapo / 261
  - LII. La china María la O / 264
  - LIII. Las ranas del Parque de Maceo / 267
  - LIV. El arrabal y lo clásico / 270
  - LV. La Alameda de Paula / 273
  - LVI. Miramar / 276
  - LVII. El Cerro y el perro / 279
  - LVIII. El Vedado / 282
  - LIX. La noble perspectiva / 286